

JUAN VELARDE: UN HISTORIADOR IMPORTANTE

Emilio de Diego
Real Academia de Doctores de España

Vamos a exponer de forma sucinta, pero indubitable, la argumentación sobre la que se asienta la declaración inicial, escogida como título para este artículo, en el merecido homenaje que rinde esta Real Sociedad Geográfica a la figura y la obra de Juan Velarde. Mostraremos pues los caracteres definitivos de un gran historiador, que coinciden en él. Podemos encontrarlos en su amplísima bibliografía acerca de múltiples temas históricos. Unos breves, otros de gran extensión y calado. Creemos que el más importante de esta categoría es un libro irrepetible. Una historia total del siglo xx español, que me consta le procuraba especial satisfacción.

Huelga decir que los trabajos del profesor Velarde ocupan un destacadísimo lugar en el ámbito de las ciencias económicas, tanto en el mundo académico, como en amplios medios sociales, por su labor de alta divulgación, necesaria siempre, aunque menos habitual de lo conveniente en nuestro país. Sin embargo, Juan Velarde llegó al estudio de la ciencia económica, combinando lo posible con lo necesario: la vocación con la profesión. En su biografía había aparecido antes una íntima y temprana afición a la historia y, en menor medida, a la biología. La llegada del futuro maestro de economistas al recinto de San Bernardo, en 1947, para cursar los estudios de economía, recién implantados entonces en la UCM, se produjo por una mezcla de azar y obstáculos burocráticos. Factores aleatorios ambos que acabaron determinando, en buena medida, aquella decisión. Sin embargo, nunca perdió, ni siquiera menguó un ápice, su afición por la Historia; ciertamente mantuvo siempre la mayor entrega posible a la que sería su *materia vitae*. Pero convirtió los estudios históricos en referente indispensable para la investigación, la docencia y, sobre todo, la comprensión de cualquier parcela de la economía.

Un historiador debe reunir, además de la vocación y el interés por la Historia, algunos recursos, capacidades y habilidades específicas del oficio. En primer lugar, ha de poseer una amplia cultura humanística, acorde a la complejidad de la proyección del hombre sobre la naturaleza, hacia los demás y en sí mismo. El historiador se hace a partir de la lectura, a la manera indicada por Petrarca¹ y exigida por la función crítica desde la filología, la filosofía, el arte, (especialmente la música y la pintura)² que facilitan la elección del punto justo, para establecer la perspectiva adecuada sobre lo acontecido. Otra de las herramientas claves, de las que tiene que disponer el buen historiador, es el dominio del lenguaje. Algo al alcance, tan sólo, de quienes dedican igualmente miles y miles de horas a la lectura, sistemática y reflexiva. Solo así el escritor-descriptor-analista de la información obtenida sobre el pasado, puede elaborar el relato historiográfico capaz de llegar, con eficacia, a los lectores. Además, tiene que atesorar, en grado bastante, los conocimientos científicos que conforman la actuación humana, en el tiempo y en el espacio. La economía desempeñará en esta función interdisciplinar un papel sobresaliente.

No olvidemos que la historia aspira a facilitar la «comprensión» del presente, a través del pasado, y, para ello, el profesor Velarde reivindicó siempre, la necesidad del saber de la ciencia económica; eso sí, sin los determinismos cuestionables de un economicismo pedestre. Recíprocamente no puede apreciarse, de forma correcta, el verdadero sentido de la economía, sin su adecuada contextualización histórica. Asimismo, precisa el historiador suficiente madurez y amplitud de miras para estructurar, adecuadamente, un proyecto historiográfico de gran aliento. Por último, requiere prudencia, humildad y dedicación, a fin de culminar una obra bien hecha. Nadie cuestiona la presencia de estos valores en la obra historiográfica de Juan Velarde. En ella, se reflejan algunos ecos de *Nathan el Sabio*³ quien como el profesor Velarde, en su trabajo, se movía entre el rechazo del fanatismo y el abrazo de la tolerancia; si bien este último tenía un límite, en cualquier dominio científico, la inasumible aceptación del error. Frente a la falta de rigor y, más aún, ante la manipulación del presente y del pasado, mostraba la más firme intransigencia. El fondo y la forma, igualmente exigentes, desde la teoría propia del saber histórico, deben componer un discurso razonablemente construido y, por encima de todo, veraz.

¹ Ver «Carta a Francesco Nolli», 9 de julio 1352, en PETRARCA, F.: *Cartas familiares*. Trad. Ortega Garrido. Sevilla, 2014.

² Ver PASCAL, P. *Pensamientos*, 1670; PLUTARCO, *La música*; LISIAS, L., *Discurso sobre la historia de la música*; y de SOTERIO DE ALEJANDRÍA: *Sobre la influencia favorable de la música en la educación de los jóvenes*; NIETZSCHE, F., *Aurora. Pensamiento acerca de los principios morales...*

³ LESSING, C. E.: *Nathan el Sabio* (1779).

UNA LECTURA DEL SIGLO XX

Entre las decenas de libros que, como autor único o en colaboración con otros, publicó Juan Velarde hay uno, especialmente significativo, a mi parecer, a la hora de avalar la trascendencia de su papel como historiador: *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo, como España superó el pesimismo y la pobreza*. (Fundación BSCH-Planeta, Barcelona 2000, 2 vols.) Gran trabajo que, con su coordinación, recoge la andadura española a lo largo del Novecientos, en más de 1.500 páginas. Un trabajo colectivo a cargo de veintitrés autores⁴, especialistas en las diferentes parcelas a tratar, dirigidos por el prof. Velarde. Fruto de esa labor se muestra la historia de España, a lo largo de un siglo xx, apasionante y a veces terrible.

Planificación y ejecución de una historia tan exigente, hablan de un gran historiador, capaz de crear un equipo para llevar a buen puerto tal empresa. Hemos calificado *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo, como España superó el pesimismo y la pobreza* como una historia total en la que se trata de los hombres, los medios y las circunstancias en que se desenvuelven. Todo ello sobre un eje rector, una especie de quilla, en la que ensamblan todos los mamparos y piezas de la nave. Juan Velarde diseñó los planes de ese barco desde la materia que mejor conocía, la economía. Así pues, esta es la clave y en ella aparece, como autor principal, con una aportación que ronda cerca del 30 por 100 del volumen total de la publicación, siete de los veinticinco capítulos.

Por otra parte, el mismo Juan Velarde fue también autor de la Introducción, que por sí sola, con sus más de 130 páginas, ofrece un compendio del gran esfuerzo desarrollado para el análisis de los principales aspectos de la obra. Cabría decir que es todo un libro en sí misma. En ella, mediante una visión histórica, idealizada a veces, en mayor o menor grado, señala Juan Velarde cuatro tiempos decisivos en el devenir de la historia de España. El primero arrancando del III Concilio de Toledo, (589) con la figura de Recaredo, pondría los cimientos de una comunidad política propia y llegaría hasta la culminación de la Reconquista, tarea esta de casi ochocientos años, articulados por la fe, la lucha militar, la cultura y la institucionalización política, que abarca toda la época medieval y concluye con la fusión de los reinos de Casti-

⁴ Los nombres de Joaquín Bosque, Emilio de Diego, Pedro Fraile, Juan Iranzo, Jaime Requeijo, Mikel Buesa y José Molero, José M.ª García Alonso, Leopoldo Gonzalo, Carmen del Río, Miguel González Moreno, Miguel Ángel Calvo, Jaime Lamo de Espinosa, Ramón Tamames, Rafael Puyol, José Barea, Julio Alcaide, Fernando Bécquer, Gregorio Varela, Fernando Carrasco, Ángel Martín Municio, Gonzalo Anes y Rocío Sánchez Lissen.

lla y Aragón, por los Reyes Católicos; la incorporación de Navarra; la apertura de otra ruta hispana que apuntaba a la posible unión dinástica con Portugal...

El segundo esfuerzo iría dirigido, nada más y nada menos, que a la implantación de un orden católico en Europa. Una propuesta que empezaría a tomar cuerpo bajo el imperio de Carlos V, mucho más moderna que los modelos existentes en el compartimentado y enfrentado Viejo Continente; tanto en el terreno político, económico y cultural, como en el militar, e incluso el religioso. No obstante, la resistencia de los príncipes alemanes, los holandeses de la Casa de Orange, la ambición de Francia, la oposición de Suecia y, como no, la de Inglaterra, además del expansionismo otomano... (con las guerras de religión al fondo), acabaron agotando las posibilidades del sueño del César Carlos. Los Austrias españoles trataron de mantener la hegemonía en Europa, apoyando a la rama austriaca, hasta la paz de Westfalia de 1648, que vino a reconocer el fracaso español.

El tercero de los colosales trabajos hispanos, tuvo por escenario principal a América y los grandes espacios del Pacífico. Supuso la dimensión mundial de la más grande empresa emprendida por un país europeo. Otra vez la bandera de la fe al frente de la mayor epopeya cultural, económica, científica... que vieron los siglos desde 1492 hasta 1824-26, con las independencias de las repúblicas americanas, en el continente, y su corolario antillano y filipino hasta 1898.

Un cuarto esfuerzo, más centrado en lo económico, pero no ajeno a la peculiar *Weltanschauung* española, habría discurrido en el afán por incorporarnos a una revolución industrial, de la que no conseguimos participar, de manera eficaz, durante la mayor parte del Ochocientos. Por último, una intensificación del ritmo, la eficacia y la eficiencia en ese empeño nos permitieron llegar al horizonte de los llamados países del primer mundo con un panorama prometedor. Atrás quedaba un decadentismo, profundamente arraigado en la psicología española, durante largos periodos de los siglos XVII, XVIII y XIX y sobre todo, en las crisis finiseculares de los mismos en las que se vio envuelta España.

La reacción de los españoles ante ese entorno negativo acentuó la paradoja de su comportamiento, excesivo en muchos aspectos. Una actitud traducida en un complejo de inferioridad, que trató de disimularse por diferentes medios, pero que los encerró en el ruedo ibérico⁵ apartándoles de muchas de las formas de actuación de los países del entorno. Somos como somos, pero también como nos ven los demás y así resultaba inevitablemente distorsionada la

⁵ NÚÑEZ FLORENCIO, R.: *Sangre y oro. La imagen de España en el mundo*. Madrid, 2000.

percepción de nuestra imagen, hacia el exterior, y la de nuestros vecinos hacia nosotros. Autolimitado, el español se desenvuelve en un microcosmos que intensificó nuestras contradicciones. No tuvo una conciencia clara, en muchos casos, de su identidad respecto a los otros, porque el aislamiento autoimpuesto le impidió compararse con los demás. Visto de esta manera se entiende que, el profesor Velarde concediera al siglo xx, el protagonismo de uno de los grandes esfuerzos de nuestra historia. Se afianza así, la trascendencia del libro del que nos estamos ocupando, como obra señera de Juan Velarde historiador.

SUPERAR EL PESIMISMO Y LA POBREZA

Al bordearse el primer centenario, de la fecha emblemática de 1898, Velarde fue el impulsor y director de una amplia revisión historiográfica, sólidamente fundamentada, acerca del «Noventayochismo», varios congresos, coloquios, jornadas, cursos, etc. jalonaron la andadura hacia ese objetivo desde 1995. Destacaríamos algunas publicaciones, surgidas de tales actividades como: *Perspectivas del 98. Un siglo después* (coord. Velarde, J.), Valladolid, Junta de Castilla y León, 1997, o *Castilla y León ante el «98»* (coord. Velarde, J. y Diego, E. de), Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999⁶.

Los especialistas en historia del pensamiento, de la literatura, de la política, de los temas militares, económicos... etc., nacionales y extranjeros convivieron, en su práctica totalidad, que el «Noventayochismo», proyección retórica del «98», vino a ser el discurso del «irresponsabilismo» y del «culpabilismo» contra una clase política, que había fracasado en la gestión de los problemas de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. El «catastrofismo» subsiguiente acentuó el pesimismo plurisecular de los españoles. El principal efecto de aquella batalla propagandística fue la parálisis, derivada de un agudo shock psicosocial, cuyo epicentro era el «Desastre». A la vista de la oquedad del invento azoriniano del «98» (como generación literaria, llamada sin éxito, «del 95», poco antes), cuyos miembros no se reconocían en la taxonomía generacionista del autor de *La ruta de don Quijote*, se pasó entonces al análisis del noventayochismo en todas sus vertientes, en especial la económica.

El estudio de la economía de la Regencia (1885-1902) hecho por Juan Velarde⁷, a partir de los datos de Prados de la Escosura y de Angus Madison,

⁶ Así como los congresos *España y Portugal ante el «98»*; y «98» y *Noventayochismo en la Europa mediterránea*. Dirigidos por J. Velarde y E. de Diego.

⁷ VELARDE, J.: *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo, como España superó el pesimismo y la pobreza*. Fundación BSCH-Planeta, Barcelona 2000, 2 vols., págs. 275-309.

mostraba un acusado retraso del modelo «castizo», adoptado por Cánovas, como preludio de la crisis finisecular. En aquellos diez y siete años el crecimiento del PIB español a precios del mercado, no llegó en conjunto al 16 por 100. Pero sería mucho menor en términos por habitante. En este apartado no alcanzó al 7 por 100, en tanto que Italia crecía el 13 por 100; Francia, el 25,7 por 100; Alemania, el 31,4 por 100; el Reino Unido, el 26,6 por 100; y en los Estados Unidos, el 35,3 por 100.

Todo ello en medio de graves carencias; por ejemplo, no teníamos más que una moneda fiduciaria de plata; las exportaciones de minerales seguían siendo uno de los pilares de nuestro comercio exterior; la agricultura continuaba anclada en sus prácticas arcaicas, a la par que la industria mantenía su cansina evolución; el mundo de los ferrocarriles no era capaz de superar sus problemas estructurales en todos los sentidos; y la red de carreteras no pasaba de ser una ficción. A fines del Ochocientos más de 5.000 municipios españoles no tenían otro medio de comunicación que los caminos de herradura.

El punto de inflexión, en el camino del pesimismo al optimismo, lo sitúa el profesor Velarde, y lo hace de manera comprensible, en el ecuador del siglo xx; a través del estudio de los principales indicadores económicos. La sociedad española percibía ya los cambios esperanzadores, y las fechas de 1953, 1957, 1959, ... fueron marcando los avances que acabarían trocando las lágrimas del 98 en alegría.

OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA OBRA 1900-2000. HISTORIA DE UN ESFUERZO COLECTIVO, CÓMO ESPAÑA SUPERÓ EL PESIMISMO Y LA POBREZA

La historia del siglo xx vista a través del itinerario propuesto por Juan Velarde, supone un viaje ilusionante. Han sido muchos los obstáculos en ese camino, pero se vencieron todos o casi todos, gracias al esfuerzo colectivo de los españoles. Una demostración de que somos capaces de alcanzar aquello que nos proponíamos, si actuamos unidos. El sacrificio exigido, en gran medida para corregir errores propios, fue muy grande, pero mereció la pena en líneas generales.

En los pródromos del Novecientos, y en los del siglo xxi, ni el paisaje físico, y mucho menos el generado por la actividad humana, tenían gran parecido. En el de 1898 abundaban los claroscuros, con estos últimos como dominantes, en la imagen de una sociedad bombardeada constantemente por mensajes desalentadores. En el de cien años después, la luz, las luces de diver-

sa clase y colorido, habían transformado la noche en día. Aunque el marco natural se mostraba empobrecido y degradado preocupantemente. Nada había sido gratis.

En la puerta del siglo XXI eran muchos más los residentes en España, que al asomarnos al XX. Los 18.402.000 habitantes que había entonces, en 1998 llegaban a un total de 39.908.000. Entre estos últimos 609.813 extranjeros. En la primera mitad de esa centuria la población residente en nuestro país aumentó un 49 por ciento y, entre 1948 y 1998, algo parecido, el 45,54 por ciento. Pero en términos absolutos, en esos mismos tiempos, las cifras crecieron 9.020.000 y 12.840.000 respectivamente. Un aumento total pues de 21.506.000 habitantes. Es decir, en aquella centena se había duplicado ampliamente la población española.

Vivíamos más a costa, lógicamente, de envejecer más. En 1996, el número de españoles mayores de 65 años superaba los 6.000.000, y el correspondiente a los de más de 75 sobrepasaba los 2.500.000. La esperanza media de vida llegaba, en 1998, a los 78,87 años. Mientras en el 98 precedente apenas alcanzaba los 31,6 años⁸.

Vivíamos más y mejor, para ello habíamos empezado a «matar el hambre» en la década de 1950, y culminábamos cuarenta años después en la «sociedad de la abundancia». Nuestro país se había convertido en el mejor ejemplo de un cambio tan espectacular⁹ en ese poco tiempo. No nos extraña que, a partir de entonces, tomaran impulso en España los estudios sobre la alimentación. Unos trabajos iniciados, a manera de ensayo, por Grande Covián sobre la población de Madrid durante la Guerra Civil 1936-1939, pero sin continuidad hasta dos decenios más tarde. En este caso en la Escuela de Bromatología desde 1954, como centro y su «Encuesta Nacional de Alimentación para el conjunto de la población española», como instrumento. Comer más y mejor, en todos los sentidos, con la preocupación por la influencia de la alimentación en la salud, como telón de fondo.

No obstante, viejos desafíos, como el de llegar a vivir en un espacio que reuniera las condiciones de salubridad propias del ser humano, amenazaban con perpetuarse, durante las primeras décadas del Novecientos, pero a partir de 1960 los logros fueron espectaculares también en este terreno. El crecimiento urbano planteó nuevos problemas, pero trajo soluciones que permitieron el acceso a millones de españoles, a una vivienda moderna. Algo parecido

⁸ A propósito de este tema, ver PUYOL, R.: «Los cambios demográficos del 98 al 98», en VELARDE, J.: ob. cit., págs. 311-366.

⁹ Ver VARELA, G.: «El consumo de alimentos, cuando se aleja el fantasma del hambre», en VELARDE, J.: ob. cit., págs. 531-574.

ocurriría en el terreno de la sanidad, la educación, las pensiones y otra serie de servicios fundamentales.

La transformación socioeconómica constituiría un fenómeno de tales dimensiones que, en el ámbito institucional, pasaríamos de un estado de miseria a un estado de bienestar. Para ello hubo que llevar a cabo alguna reforma fiscal en profundidad como la de Fuentes Quintana-Fernández Ordóñez¹⁰ y otros ajustes. Y algo decisivo como sería el desarrollo de una administración capaz de responder a las nuevas exigencias del sector público, aunque a veces su sobredimensión acabará siendo causa de otros problemas.

En algunas partes del país se daría un paso tan gigantesco en los cambios operados, como el avance desde una agricultura próxima a la época de los romanos, a un sector agrícola moderno y tecnificado¹¹. En pocas generaciones, en especial para los españoles nacidos en el primer cuarto del siglo xx, la España del último cuarto parecía un país más allá de la frontera de los sueños.

La revolución de los transportes ferroviarios, marítimos y aéreos introdujeron una nueva dimensión en el tiempo y el espacio y el alcance de los desplazamientos. Salvo algunas comarcas de difícil acceso, a las alturas de 1998, la mayor parte de territorio nacional estaba comunicado fluidamente, tanto en el interior como más allá de nuestras fronteras. El microcosmos personal de muchos españoles adquiriría así dimensiones insospechadas. La apertura a nuevos horizontes físicos y humanos provocaba una sensación de libertad que iría unida a la conquista de otras libertades.

1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo, como España superó el pesimismo y la pobreza nos brinda la oportunidad de realizar una visión comparativa permanente, a partir de los rasgos más significativos y de los problemas planteados en cada momento. Vemos así dos partes bien diferenciadas. La primera hasta 1939, la segunda desde entonces hasta las postrimerías del siglo. El belicismo cainita del xix llegaría hasta el final de la Guerra Civil. En ese tiempo, si miramos al exterior, habíamos mantenido una conflictividad armada superior a la de la mayor parte de los países de nuestro entorno y, además, con un fuerte componente de enfrentamiento interno. Desde 1940 mantuvimos un esfuerzo bélico mucho menor. Salvo episodios como la guerra en Ifni, disfrutamos de una etapa de paz no habitual en nuestra historia; también en términos comparativos con nuestros vecinos. Acaso esta circunstancia merezca una reflexión amplia y desapasionada.

¹⁰ GONZALO Y GONZÁLEZ, L., «Hacia un nuevo sistema fiscal. Antecedentes y consecuentes de la reforma tributaria Fuentes Quintana-Fernández Ordóñez», en VELARDE, J.: ob. cit., págs. 9-70, vol II.

¹¹ Ver LAMO DE ESPINOSA, J. «De la agricultura tradicional a la nueva PAC (1939-1999; sesenta años de cambio agrario)», en VELARDE, J., ob. cit., págs. 193-249.

Esa posibilidad de comparación se nos ofrece también en el campo de la ciencia y de la cultura y, a través de ella, podremos apreciar pervivencias y rupturas trascendentales. En esa mirada al exterior podemos asomarnos a la evolución política, económica, social y cultural en el mundo y considerar así, de manera reveladora, la imagen de España.

El tránsito de España de la pobreza a la riqueza, de finales del Ochocientos al inicio del siglo XXI, es un relato atractivo, clarificador de muchas cosas, y siempre útil para toda clase de lectores. Simultáneamente es también una notable fuente de información, construida sobre múltiples y variados conjuntos de datos, recogidos y publicados por diferentes organismos. Tales como el INE, en su *Anuario Estadístico de España*, en especial el correspondiente a 1951, que incluye una síntesis de las «Principales actividades de la vida española en la primera mitad del siglo XX»; la Confederación de Cajas de Ahorros con sus *Estadísticas Básicas de España (1900-1970)*, editadas en 1975. Además de la Fundación Banco Exterior que publicaba, en 1989, las *Estadísticas Históricas de España. Siglos XIX y XX*¹².

A este respecto la obra de Juan Velarde incluye unas series históricas españolas (1898-1998), confeccionadas por Julio Alcaide Inchausti. Aunque los medios disponibles hoy y la labor de algunos grupos de trabajo han permitido sustanciales mejoras en ese campo, los trabajos de Alcaide han sido una notable aportación, considerada como una referencia indispensable durante mucho tiempo. Junto a los datos demográficos, estudia Alcaide la evolución de la población en cuanto a su situación laboral. Pasa revista a la transformación de la economía a la luz de los principales sectores productivos y del comercio. Además del sector financiero, que con sus fortalezas y debilidades posibilitó, en buena medida, muchos de los cambios.

El fuerte desarrollo industrial desde la década de los sesenta modeló otra cara diferente, mucho más atractiva, de la economía española tradicional, amenazada por los recurrentes problemas energéticos. Paulatinamente se desarrollaría también un importante sector de servicios, que haría bascular nuestra economía hacia el sector terciario¹³.

Uno de los motores del cambio económico en España sería el turismo. La dimensión y el significado de este fenómeno, más allá de su importancia económica, motivó un profundo cambio cultural, en particular en las mentalidades. Los españoles tomaron contacto con formas de vida y comportamientos

¹² Ver CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (coord): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*. Fundación BBVA, 1989.

¹³ Ver GONZÁLEZ MORENO, M. y MARCOS CALVO, A.: «Los servicios en el proceso de crecimiento económico español (1898-1998)», en VELARDE, J., ob. cit., págs. 115-193.

sociales, muy distintos a los que estaban acostumbrados. La llegada de visitantes procedentes de los principales países del primer mundo se incrementó espectacularmente. España se abrió al exterior entre 1957 y 1966. De pronto se convirtió en uno de los destinos turísticos más atractivos del planeta. El número de visitantes pasó de 6 millones en 1960 a 34 en 1973, y llegaría a más de 50 millones en el año 2000. En 1998 se produjo por este concepto un ingreso de 29.585 millones de dólares, su participación en el PIB representaría el 8,4 por 100, en 1970 y 1998 era ya del 11,1 por ciento. A ello se sumaría el turismo interior, cada vez más importante¹⁴.

LOS GRANDES CAMBIOS POLÍTICOS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

Desde 1898 habría que señalar, en este epígrafe, el paso de la monarquía parlamentaria a la II República y de esta al franquismo. Pero quizás el más trascendental, se produjo a la muerte de Franco, de la Dictadura a la monarquía democrática y al nuevo marco institucional de 1978. La Transición fue considerada en todo el mundo, no sin sorpresa, como una manifestación ejemplar de los españoles para convivir en paz.

Ese cambio vino a suponer la implantación de un nuevo modelo de estado, descentrado política y administrativamente, hasta más allá de los límites de otros modelos europeos. El fenómeno del terrorismo de ETA y otros grupos menores, obstáculo criminal de gran alcance, no logró quebrar la voluntad mayoritaria de la sociedad española. El régimen autonómico acarreó ventajas e inconvenientes de dimensiones extraordinarias.

¡POR FIN! EUROPA

Desde mediados de los setenta pudo avanzarse, lentamente pero de manera positiva, en las negociaciones hacia Europa, aceleradas desde 1982. Se había recorrido previamente la senda económica en sus posibilidades, hasta el Acuerdo Preferencial de 1970 y el Protocolo Adicional de 1972, aparte de la exploración de otros vericuetos, de menor recorrido, en relación con la EFTA. Faltaba hacer lo mismo en la vía política. En el ecuador de los años ochenta

¹⁴ Ver VALLEJO POSADA, R.: «Economía e historia del turismo español del siglo XX» en *Historia Contemporánea*, n.º 25 (2002).

(1985-1986) entrábamos a formar parte de las instituciones europeas. Los impedimentos políticos habían desaparecido. Culminaba la larga marcha hacia Europa, según escribió Ramón Tamames¹⁵. Era el momento de arrumar las viejas diferencias sobre la dialéctica España-Europa, en versión de don Miguel y don José, ni siquiera en forma retórica podía mantenerse ya aquel viejo enunciado del abate Pradt, sacado en su día de contexto. Definitivamente África no empezaba en los Pirineos.

En resumen, según hemos podido comprobar en estas páginas, Juan Velarde demostró con este libro no sólo ser gran conocedor de la economía en sus diversas facetas, sino un HISTORIADOR importante.

A MODO DE EPÍLOGO ABIERTO

La modestia debe tener siempre lugar en el equipaje de un historiador. La historia no explica nada. La explicación corresponde al ámbito de otras ciencias nomológico-deductivas, incompatibles en algún grado con la libertad y el azar, presentes en el comportamiento humano. El historiador será siempre un profeta fracasado, en mayor medida cuanto más audaz sea en sus pronósticos. En el primer capítulo de la obra *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo, como España superó el pesimismo y la pobreza*, lleva por enunciado «La historia cambia el papel de la geografía»¹⁶. El actor es capaz de transformar el espacio de la representación colectiva en la que se ha escenificado, en nuestro caso, el «problema» y la tragedia, en ocasiones, de la complicada andadura hispana. Sobre este mosaico se debate la tendencia centrífuga, acentuada hasta el paroxismo por algunos, que se oponen a la unidad de España. Incluso llegando a la ridícula y fantasmagórica «apropiación» del medio natural, fragmentándolo a su capricho. Todavía hace un cuarto de siglo resultaba difícil de presagiar que un río, por ejemplo, discurriría, exclusivamente, entre las líneas de un mapa autonómico sin saber de dónde venía, y a dónde iba; como los mismos figurantes de ese tinglado.

Tampoco era fácil prever que la confianza en sí mismo, el éxito político y socioeconómico, conseguido con tanto esfuerzo, alentaría tan poco tiempo. Apenas cuatro años después del 2000, el 11 de marzo del 2004 se produjo un inesperado giro del rumbo político. Los pronósticos electorales, favorables al PP, mudaron en pocas horas. La explotación torticera, por una propaganda tan

¹⁵ Ver TAMAMES, R.: «La larga marcha. España hacia la Unión Europea», en VELARDE, J., ob. cit., págs. 251-311.

¹⁶ BOSQUE MAUREL, J.: «La historia cambia el papel de la geografía», en VELARDE, J., ob. cit., págs.

indecente como eficaz, elevó el miedo generado por los atentados terroristas de esa fecha, que causaron 192 muertos y centenares de heridos, en varios trenes de Cercanías de Madrid y hasta en la propia estación de Atocha, a un nivel de irracionalidad desconcertante. No tardaron en tomar cuerpo las pasiones que agrietaron la euforia de poco antes. Los nacionalismos insolidarios encontraron puerta abierta, en el evanescente gobierno salido de las urnas tres días después.

Las posteriores crisis financieras internacionales 2007-2008 y su mala gestión, en algunos casos, iniciaron una etapa de dificultades y de respuestas políticas eficaces. Los avances en términos macroeconómicos no supieron trasladarse a las necesidades sociales de muchos españoles. A partir de 2014 la situación política se hizo cada vez más complicada y la pandemia provocada por la COVID-19 apuntaron a un nuevo periodo de pesimismo, en la zigzagueante historia de España.